BN
972.9304
H5198

ORACION DEL CENTENARIO

Biblioteca Nacional
4356

ORACIÓN DEL CENTENARIO

PRIMER CENTENARIO DE LA RESTAURACIÓN
DE LA REPÚBLICA

BN
972.9304
H519o

ORACIÓN DEL CENTENARIO

(Discurso pronunciado el 16 de agosto de 1963, en la ciudad de Santiago de los Caballeros, por el Dr. Max Henríquez Ureña, Presidente de la Comisión Nacional del Primer Centenario de la Restauración)

•

EDITORA MONTALVO
Santo Domingo, R. D.
1 9 6 3

28133

Estampas de la Restauración

Al evocar la grandiosa epopeya de la guerra restauradora mi mente se puebla de escenas y visiones que acuden en tropel, superponiéndose unas a otras hasta culminar en un desfile de cuadros gloriosos que, sumados, son la síntesis de ese nuevo amanecer de la República. Con los ojos del espíritu veo ante mí un inmenso fresco constituído por la concatenación de estampas sucesivas, cuyos trazos homéricos se funden y confunden hasta producir la grandeza inigualable del conjunto.

La Anexión se inició entre protestas

La guerra restauradora, como revelación decisiva de la conciencia patria y como coordinación admirable de empeños militares, cristaliza en la fecha consagrada por la gratitud nacional, el 16 de agosto de 1863; pero el reto altivo y heroico contra el retorno al coloniaje por obra de inconsulta reanexión a la nación descubridora y colonizadora, fue lanzado desde el momento mismo en que se consumó el atentado que pretendía arrebatarnos nuestra condición de pueblo libre, con tan duro esfuerzo conquistada.

La República no había muerto

La República no había muerto, aunque a modo de esquela funeraria lo anunciara así la proclama de reincorporación del territorio dominicano, con todos sus ocupantes, a la monarquía española. En día luctuoso, el 18 de marzo de 1861, tronó ciento y una veces el cañón al ser izada en la histórica Torre del Homenaje, de la Fortaleza del Ozama, la bandera bicolor de España, para hacer compañía, durante unas horas, al pabellón cruzado

007061

de los dominicanos. Al caer la tarde volvió a tronar el cañón otras ciento y una veces para saludar el descenso, que se consideraba definitivo, de la bandera tricolor dominicana. Poblaron el aire las notas solemnes, sencillas y breves, de la Marcha Real española . . . Después, un redoble de tambores . . . Dijérase que ese día se celebraban las exequias de la República.

El temor a duras represalias contuvo el ímpetu rebelde de la gran masa de pueblo que no se avenía con ese cambio político. Aún así, algunos dejaron oir su protesta contra el hecho consumado, y en la población de San Francisco de Macorís esa protesta tuvo caracteres de motín, difícilmente reprimido por la fuerza pública. Proyectos malogrados de inmediata rebelión armada, los hubo también, como el que quiso promover el Padre Meriño con el concurso de los generales Eusebio Manzueta y José Leger.

No, repito, la República no había muerto. Una patria no muere por mero accidente, o por confusión o error de sus propios hijos, o por brutal agresión que de momento la sojuzga, porque esas circunstancias son efímeras y deleznables si contra ellas reacciona, pujante y bravía, la voluntad suprema de los pueblos. Una patria sólo puede morir cuando se ha perdido la fe en sus propios destinos y en su propia virtualidad como nación soberana.

Moca

Así lo consagra la primera estampa que vislumbro al través de las sombras de aquel momento histórico. Esa estampa se simboliza en una palabra: Moca. Porque fue allí, en Moca, el dos de Mayo, y tal parece que la casualidad quiso recordar que en igual fecha nuestros antepasados españoles habían hecho derroche de valor para defender su libertad escarnecida, de igual manera que estaban dispuestos los dominicanos a morir por reconquistar la suya. Apenas habían transcurrido seis semanas de consumado el crimen merced al cual se daba por muerta a la nación dominicana, cuando rasgó el silencio

de la noche la voz atrevida del coronel José Contreras, ciego ya, pero con el cerebro lleno de luz, para lanzar el grito de "¡Viva la República!". Tras el grito, las descargas frente al cuartel, la resistencia desesperada del destacamento que lo guarnecía y el triunfo de los patriotas asaltantes.

Pero ese triunfo fue efímero, por error en la oportunidad y en el cálculo. Acudió prontamente uno de los jefes anexionistas, el general Juan Suero, con fuerzas superiores, para servir a la fementida legalidad imperante, dispersó a los denodados atacantes y se hizo dueño de la situación. No tardó mucho en presentarse en el lugar de los acontecimientos el general Pedro Santana con tropas de las comarcas del Este que le eran personalmente adictas. Para Santana, a cuya voluntad férrea y dominante se debía la anexión, el grito de Moca era, ante todo, un desacato. Era su propio prestigio el que estaba en juego, puesto que la anexión era obra suya, dicho sea sin entrar en el análisis de los antecedentes, causas y concausas de ese propósito liberticida y sean cuales fueren sus orígenes y su proceso preparatorio, pues lo cierto es que una vez que Santana decidió tomar ese camino, no hubo poder alguno, ni divino ni humano, que lo obligara a dar un paso atrás. Antes al contrario, mientras las negociaciones encaminadas a obtener ese resultado se prolongaban, su impaciencia crecía y su inquietud se exacerbaba ante el menor obstáculo.

¡Cuál no sería, pues, su contrariedad cuando, a la hora en que al fin se daba por consumado el hecho por él anhelado, después de meses y meses de negociar sin tregua y de enviar, uno tras otro, comisionados a Cuba, como si no le bastara con el que ya tenía acreditado en Madrid, tropezaba en su camino con aquel coronel Contreras, un ciego a quien seguía un puñado de locos. ¡Y ese Contreras, y con él esos locos, daban un golpe de mano en la población de Moca! Para Santana ese era un crimen vitando que debía ser castigado de modo ejemplar. Empezando por el coronel Contreras, los fusilamientos

pasaron de dos docenas, a más de algunos muertos en los bosques.

Santana: sus errores políticos y su espíritu despiadado

Los errores que cabe achacar a Santana desde el punto de vista de las ideas políticas pueden tener explicación, ya que no excusa; pero la personalidad de Santana resulta repulsiva, sin atenuación posible, por su espíritu despótico y despiadado, que desde el inicio de su poderío nunca tuvo la menor vacilación para enviar al paredón de fusilamiento, lo mismo al adversario que al hermano de armas, asociado ayer a sus hazañas militares, lo mismo al luchador aguerrido que a la mujer o al adolescente. Esa sentencia inmisericorde e irreparable fue más de una vez el fruto de un proceso dudoso, sibilino, de acuerdo con la que dijérase fue para él fórmula favorita: "a verdad sabida y buena fe guardada....", porque para llegar a ese desenlace podía bastar una mera sospecha, un infundado recelo o una delación mendaz.

La tragedia de San Juan de la Maguana

¿Creyó Santana que con las ejecuciones de Moca quedaba estrangulada la voz del patriotismo dominicano frente a la anexión? Grande fue su error si lo pensó así. Con elocuencia nos lo revela una segunda estampa que nos transporta al vasto y rústico escenario de la plaza principal de San Juan de la Maguana. A un costado se aglomera el público que contempla cómo son conducidos al otro extremo de la plaza los prisioneros capturados poco antes en El Cercado. Todo está preparado, como si se tratara del circo romano: aunque aquello parece más potrero que circo, allí serán juzgados, para escarmiento de locos, esos prisioneros, que comparecen ante un Consejo de Guerra que, nadie lo duda, va a condenarlos a muerte.

En primer término, erguida la frente y despejado el rostro, avanza un hombre todavía joven, de buena estatura y bronceada tez, con tardo y cauteloso andar, como

que están frescas las heridas que recibió al ser capturado en la emboscada que le preparó la traición. Unos pasos más, y se detiene frente a frente del improvisado estrado en torno al cual se instala el tribunal. Es Francisco del Rosario Sánchez, que no vaciló en entrar, meses antes, al territorio dominicano, por la frontera haitiana, confiado en el apoyo ofrecido por el gobierno de Haití al movimiento antianexionista, y no sin advertir a sus compatriotas que nada tenían que temer de esa combinación porque, agregaba con honrada altivez: "Yo soy la bandera dominicana". Daba, pues, en prenda su propia historia y su propia dignidad, como quien arroja una moneda de oro sobre una mesa de mármol; pero no contaba con que, de pronto, el gobierno de Haití, alarmado e inquieto por requerimientos amenazantes de España, había de suspender las facilidades que hasta ese momento había prestado a los dominicanos en rebeldía frente a la anexión. Al ser notificado de ese cambio de actitud, el general José María Cabral, que operaba en la zona de Las Matas de Farfán, paralelamente a Sánchez, afincado en la del Cercado, desanduvo lo andado y emprendió la retirada por la frontera haitiana. Demoró en hacerlo el grupo de Sánchez, y cuando sus hombres se disponían a seguir el mismo derrotero, ya era tarde: la ruta hacia la frontera estaba cuajada de emboscadas, aparte de que no faltó un delator que señalara al enemigo el rumbo que habían de seguir. Después de inútiles escaramuzas, cayeron prisioneros casi todos los patriotas, mal heridos algunos, entre los que se contaba el propio Sánchez. Santana, que acudió a San Juan, se mostró, una vez más, implacable, y antes de partir rumbo a Azua dictó las órdenes necesarias para que se reuniera el Consejo de Guerra que había de condenar a los patriotas a la última pena.

SÁNCHEZ: FISCAL ANTE EL TRIBUNAL DE LA HISTORIA

Frente al tribunal, que presidía el general Domingo Lasala, de quien podemos decir que era un analfabeto

que sabía leer y escribir ,—valga la paradoja,— se irguió, desde el inicio de aquel simulacro de proceso, la figura arrogante de Sánchez, que a partir de ese momento concentró en su persona la atención general, pues ante él palidecían los demás personajes de aquel drama. Reclamó para sí la responsabilidad del supuesto delito cometido. "Yo soy el único culpable", repitió una y diez veces, pidiendo que se exonerara de toda condena a sus compañeros. Soñaba que de ese modo, concentrándose en él toda la responsabilidad criminal, habría una sola víctima, pero olvidaba cuál era la férrea condición del carácter de Santana, cuyas instrucciones a los miembros del tribunal ya estaban dadas en forma categórica.

Increpó después al fiscal, que era el coronel Tomás Pimentel, personaje esencialmente obediente y figura borrosa ante la historia, y le arguyó que ni a él ni a ningún ciudadano dominicano podía condenársele por la ley española. Tampoco por la ley dominicana, para la cual no podía ser delito la defensa de la independencia y de la soberanía de la nación. ¿Con qué autoridad moral o legal podía el Fiscal mantener su acusación, si no sabía a qué ley atenerse? Momento supremo aquél en que el prócer, cuya muerte todos sabían decretada, confundió al Fiscal con una mirada de desprecio. Los papeles se habían trastrocado: allí el verdadero Fiscal era Sánchez, que emplazaba a sus jueces y acusadores ante el tribunal de la historia.

"Ya están echadas por el suelo las conclusiones fiscales: cumpla ahora el presidente su mandato", concluyó Sánchez en tono desafiante. Mejor es no recordar en qué forma se dió cumplimiento a ese "mandato": la ejecución de los veintiún prisioneros se llevó a cabo en forma tan odiosa y reprobable, pues algunos fueron rematados al arma blanca, que los oficiales españoles que habían hecho acto de presencia en San Juan, se retiraron de allí.

Crisis del mando

La estampa que sigue podría intitularse *Crisis del Mando*, pues a partir de ese momento no fue posible que

la alta oficialidad española pudiera marchar de acuerdo con Santana. Santana era el Capitán general y Gobernador, pero sus facultades no eran ilimitadas, como él lo habría deseado. Continuos eran sus rozamientos con las otras autoridades de la colonia (que a tal condición había sido rebajada la República Dominicana), y no es extraño que Santana, sintiéndose lastimado como funcionario y vejado en su amor propio como hombre público que había hecho posible la anexión, decidiera, siguiendo los impulsos de su carácter violento y altivo, presentar su renuncia de los cargos de gobernador y capitán general, y así lo hizo en los comienzos de enero de 1862, antes de cumplirse diez meses de proclamada la anexión. Acarició acaso la esperanza de que esa renuncia no fuera aceptada por la Reina, pero no fue así, y se vió obligado a entregar el mando meses después. Se le concedió una pensión vitalicia, se le nombró Senador del Reino y se le otorgó el título de Marqués de las Carreras, en recuerdo del más glorioso hecho de su vida militar cuando servía a la República; pero Santana se dió cuenta de que, a pesar de ese cúmulo de halagos, su estrella se eclipsaba, sin que se le reservara participación alguna en el gobierno de la colonia. Lo habían dejado a un lado como a un compañero de viaje cuya presencia resultaba molesta. Para sus adentros, se sentía menospreciado, y obligado a resignarse en silencio. Se recluyó en su finca del Prado, quejoso de quebrantos físicos que en realidad padecía, pero a esos quebrantos físicos se sumaba una tremenda depresión moral, de la que no pudo liberarse nunca más.

El glorioso mes de febrero de 1863

Mientras tanto el pueblo, aleccionado por los reveses sufridos, se preparaba en silencio para una acción guerrera mejor concebida y organizada. Aún así, rompiendo la aparente calma prevaleciente, un fogonazo desgarró las sombras de la noche: en Neyba, el 3 de febrero del que había de ser año decisivo, o sea 1863, el comandante Cayetano Velázquez no pudo contener su impa-

ciencia y con rápido golpe de mano se adueñó de la población. Su esfuerzo fue vano, pues el movimiento quedó prontamente sofocado.

¡Otra estampa fugaz de un nuevo empeño frustrado que venía a confirmar que no se había apagado el fuego oculto bajo la ceniza!

El ímpetu patriótico era ya irrefragable. El 21 de ese mismo febrero levantó Lucas Evangelista de Peña el pendón de la rebeldía en Guayubín, anticipándose a la fecha señalada para iniciar la guerra, que era el 27, glorioso va en los fastos nacionales. La agitación cunde rápidamente: entran en acción Norberto Torres, Juan Antonio Polanco, Pedro Antonio Pimentel, José de la Cruz Alvarez, Jove Barriento, José Ramón Luciano y otros muchos; y un ciudadano ejemplar, Santiago Rodríguez, coronel de la independencia, en unión de José Mártir, ocupa al amanecer del día siguiente, la población de Sabaneta, que lo tenía como Alcalde.

Las fuerzas españolas se ven obligadas a dispersarse, tomando rumbos diferentes. Los patriotas van más hacia el Norte y se apoderan de Montecristi, pero no logran mantenerse largo tiempo como dueños de la ciudad.

En Santiago de los Caballeros un grupo de jóvenes entusiastas y mal armados, se lanza a la calle dando vivas a la revolución en la tarde del 24, pero fuerzas que bajan del fuerte de San Luis logran disolverlos. En los días que siguen, que son de confusión y desconcierto, el Ayuntamiento es disuelto por la autoridad española. Algunos de sus regidores, Pablo Pujol, Alfredo Deetjen y Julián Belisario Curiel, inculpados como simpatizadores del movimiento, van a dar a la cárcel. En el mes de marzo llegan nuevas tropas españolas y de momento, aparentemente, imponen el orden. Algunos ciudadanos son condenados a presidio en Ceuta y el 17 de abril son fusilados como cabecillas del conato insurreccional, el joven escritor Eugenio Perdomo, talento segado en flor, Carlos de Lora, Vidal Pichardo, Pedro Eugenio Espaillat y Antonio de la Cruz. Otras dos ejecuciones se regis-

BNPHU

tran después. la del general Antonio Batista y la del coronel Pierre Thomas, nativo de Haití, sumado a la causa dominicana.

El Marqués de las Carreras, quebrantando su voluntario aislamiento, se decide a ofrecer sus servicios para aplastar la sedición. Tropas numerosas son movilizadas para perseguir a los patriotas, que adoptan una táctica cambiante y desconcertante: más de una vez ocupan ciudades como Montecristi para abandonarlas después y pasan ocultamente del lado haitiano, donde al fin, sigilosamente, se les presta ayuda, y retornan de allí con nuevos bríos y mejores armas; pero de todas suertes, las tropas españolas logran reconquistar a Guayubín, Sabaneta y otras poblaciones más. En aquella hora de continua lucha e inquietud se destaca la figura de un resucitado, un escapado del Cercado, que milagrosamente había salvado la vida: José Cabrera, amigo predilecto de Santiago Rodríguez.. Perdida Sabaneta, se reconcentran en Capotillo, posición estratégica de valor, José Cabrera y Benito Monción. Uno y otro mantienen una movilidad pasmosa: tan pronto está el uno en la loma de David y el otro en Haití, para reaparecer ambos, como relámpagos, en los alrededores de Guayubín o de Sabaneta e iniciar breves tiroteos, como quien deja al pasar su tarjeta de visita. Puede afirmarse que en ningún momento estuvo pacificada la zona fronteriza, porque a pesar de los reveses sufridos por obra de la impremeditación, la revolución estaba más fuerte que nunca en la voluntad y la conciencia de los dominicanos. Desde la zona fronteriza haitiana, donde estableció su residencia y centro de operaciones, Santiago Rodríguez preparaba sin ruido la acción necesaria.

Capotillo

Después de unos meses de aparente calma, que nunca la hubo totalmente en la región fronteriza, llegó el 15 de agosto, víspera de la fecha señalada para dar formal comienzo a la guerra de liberación; y ese día, partiendo de la zona haitiana de Juana Méndez, penetró en territo-

rio dominicano un grupo de patriotas, a quienes esperaban en lugares estratégicos, otros grupos armados al mando de los generales Pedro Antonio Pimentel y Juan Antonio Polanco. Los patriotas, dirigidos por Santiago Rodríguez, José Cabrera y Benito Monción, avanzaron hacia la loma de Capotillo y en la madrugada del 16 de agosto proclamaron el renacimiento de la República.

Otras fuerzas se les sumaron, empezando por un buen contingente de soldados que tanto José Cabrera como Benito Monción habían aleccionado y preparado en sus continuas incursiones por aquellas comarcas.

Un reguero de pólvora

Quedó así iniciada la acción reivindicadora, que desde su comienzo alcanzó no pocos triunfos, ocupó a Sabaneta, a San José de las Matas y a Guayubín y se extendió con celeridad increíble por todo el Cibao, como si pretendiera equipararse a la velocidad de la luz: en los restantes días de agosto el poderío de la revolución se impuso lo mismo en Jarabacoa que en Puerto Plata, o La Vega, o San Francisco de Macorís, o Moca, o El Cotuí o, en fín, Yamasá y el Bonao. Para recordar una imagen popular, de suyo manoseada, pero insustituible, cabe decir que el contagio revolucionario era semejante a un reguero de pólvora.

¡A Santiago!

Ya no había que vacilar ni retroceder. La voz de orden, unánime, fué: "¡A Santiago!". Y en pocos días, las comarcas aledañas a la hidalga ciudad se vieron invadidas por millares de patriotas, muchos de ellos armados sólo de machetes y puñales. Las más resaltantes figuras militares de las fuerzas reivindicadoras acudieron a la cita, que esperaban fuera decisiva. Ahí estaba Gaspar Polanco, todo temeridad y audacia, verdadero rayo de la guerra; ahí José Antonio Salcedo, que apenas al llegar delineó y puso en ejecución victoriosa un plan para tomar la bien protegida fortificación de El Castillo; ahí Gregorio Luperón, que aunque era entonces muy

joven, se hacía admirar no sólo por su valor sino también por sus sorprendentes facultades de estratego, ahí Benito Monción, todavía con las heridas frescas de recientes combates; ahí, en fin, tantos restauradores que hicieron gala de heroísmo y de grandeza de alma.

Las fuerzas españolas, sitiadas

Llega un momento en que los patriotas rodean a Santiago por todas partes, tomado ya El Castillo por la acción decisiva y audaz de Salcedo. Las tropas españolas quedan sitiadas en la fortaleza de San Luis. Los combates se prolongan días y días.

De uno y de otro lado se realizan prodigios de valor: ya es Luperón, que se enfrenta sólo a una guerrilla española y escapa sin embargo con vida de esa temeraria hazaña; ya es un nativo de Sabaneta, Francisco Suriel, que muere al abrazarse a un cañón que trata de mantener en su sitio mientras el artillero lo dispara. Y esos actos de individual heroísmo corren parejas con el indomable denuedo de que hacen alarde en todo momento dominicanos y españoles.

Incendio de Santiago

Los patriotas, a la vez que mantener el sitio, tenían que vigilar los caminos conducentes a Santiago, singularmente el de Puerto Plata, por donde con mayor seguridad y frecuencia podían llegar refuerzos para aliviar la situación de los sitiados. Al cabo de varios días de incesante pelea, en que la artillería atronaba los cielos y las descargas de fusilería no tenían tregua, recibió Gaspar Polanco, a cuyo cargo estaba el mando superior de los patriotas, el aviso de que una fuerte columna enemiga, al mando del general criollo Juan Suero, y del coronel Cappa, no tardaría en llegar a Santiago. En el primer momento prevaleció la idea de ir al encuentro de esa columna, pero Polanco cambió de parecer y resolvió atacar el fuerte de San Luis. Formalizado el ataque, las fuerzas españolas resistieron a pie firme cinco arremetidas du-

BIBLIOTECA NACIONAL

rante nueve horas consecutivas. Y ya cuando le notifican que la columna de Suero ha seguido avanzando y está al llegar, Polanco apela a un desesperado recurso: incendiar la ciudad. Como la mayoría de las casas eran de madera, y soplaba viento fuerte, el incendio, iniciado en tres o cuatro lugares a la vez, se propagó con rapidez vertiginosa. No disminuyó por ello el fragor de la fusilería y el tronar de los cañones. La lucha continuaba: varias veces intentaron los sitiados abrirse paso y abandonar el fuerte, sin conseguirlo. Además, aunque faltos de agua y con víveres escasos, se resistían a pensar en una capitulación.

La tropa española emprende el camino de Puerto Plata

No podía prolongarse, sin embargo, ese estado de cosas. Y, de un lado y otro, oficiales y soldados estaban extenuados. Se imponía una tregua, pero las pretensiones que circularon, de una y otra parte, era inconciliables. El Padre Charboneau, por encargo de los jefes españoles, a los cuales se habían sumado el coronel Cappa y el general Suero, que al fin llegaron con su columna, hacía esfuerzos por armonizar los opuestos pareceres de sitiadores y sitiados. En vano quiso Suero, varias veces, romper el sitio. Sobrevino un período en que, de hecho, se interrumpieron las hostilidades.

Entre las tropas españolas prevaleció el criterio de que era preferible, aprovechando informes y rumores confusos acerca de una tregua aún no pactada oficialmente, quebrantar o burlar el cerco, por riesgosa que fuera la operación. Ese movimiento se ejecutó con tanto sigilo y rapidez, que cuando Salcedo, Luperón y otros jefes restauradores se dieron cuenta de ello, ya la mayor parte de la tropa española había tomado el camino de Puerto Plata, y el único recurso que quedó a los patriotas fue el de ir a picar la retaguardia de la columna en marcha, causándole crecidas pérdidas.

De Santiago, ¿qué quedaba? Alguno que otro edificio de mampostería, como la iglesia y la cárcel vieja y además unos cuantos casuchos en los barrios más alejados del centro. No han faltado historiadores que establezcan la hipótesis de que el incendio fue casual, cosa que no parece difícil, dada la actividad constante de las armas de fuego, sobre todo con los armamentos de entonces; pero los que proponen la hipótesis de la casualidad desconocen el carácter impetuoso de Gaspar Polanco, siempre inclinado a las resoluciones extremas. No tiene Gaspar Polanco pedestal mejor que ése, el incendio de Santiago, sobre el cual elevarse en el firmamento de la historia; y yo creo que interpretó bella y honrosamente el sentir y el pensar de sus compueblanos, que puestos ante el mismo dilema seguramente habrían dicho: "¡Que arda Santiago, nuestra idolatrada ciudad nativa, si a ese precio podemos rescatar nuestra condición de pueblo libre!"

Despojado de enemigos el terreno, sobre las cenizas humeantes de la ciudad quedó reedificada, victoriosa y altiva, la República. Otra vez pudimos entonces los dominicanos alzar la frente hasta las estrellas y hacer que repercutiera por la inmensidad de la bóveda celeste nuestro grito de triunfo: "¡Ya somos!"

Constitución del Gobierno Restaurador

Y he aquí una de las más bellas estampas de nuestra epopeya: en la casona de doña Antonia Batista, una de las pocas viviendas que quedaron en pie, se congregaron horas después los prohombres de la revolución, el 14 de septiembre, y allí constituyeron el gobierno nacional, el gobierno de la Restauración. Uno de los militares que más se habían distinguido en las acciones bélicas de aquellos días, el general José Antonio Salcedo, fue escogido para desempeñar el cargo de Presidente de la República. Los restantes puestos gubernativos fueron confiados a hombres civiles de reconocida capacidad, por el voto del pueblo allí congregado: Benigno Filomeno de

Rojas fue proclamado Vicepresidente, y las carteras ministeriales fueron distribuídas a los prominentes ciudadanos: Ulises Francisco Eapaillat, a quien podemos considerar como el cerebro tutelar de la revolución, Máximo Grullón, Pablo Pujol, Pedro Francisco Bonó, Alfredo Deetjen, Sebastián Valverde, Ricardo Curiel, Juan Julia, Genaro Perpignan, Julián Belisario Curiel. Fue imponente y dramático el momento en que aquellos próceres se situaron frente a la muchedumbre para prestar el juramento de fidelidad a la República, con el rostro fatigado del que acaba de soportar dos semanas de vigilia bajo el imperio de las balas, pero con los ojos brillantes de gozo. Y frente a ellos, dentro y fuera del edificio, el pueblo que con su denuedo hizo posible la victoria. Unos, con las ropas desgarradas; otros, con manchas frescas de sangre; todos, con la faz jubilosa y exultante, aunque en ella dejaba sus huellas el cansancio de tantos días de incesante refriega. Las campanas se echaron a vuelo mientras se escuchaban vivas interminables, delirantes . . . Podíamos decir otra vez: "¡Ya somos!".

Guanuma: tumba del prestigio militar de Santana

Podíamos decirlo así con entereza y con orgullo, pero la obra no estaba terminada. Continuó la guerra y su ámbito fue cada día mayor. Dominado todo el Cibao por la revolución, se le sumó el Sur con extraordinaria agresividad y virulencia; y para completar el cuadro también se incorporaron a la revolución Hato Mayor y otras comarcas del Este, es decir que para los fines que anhelaba el movimiento restaurador ya estaba minado el baluarte, inconmovible hasta la víspera, de Santana, que como jefe superior de las operaciones militares de las fuerzas españolas en el Este, había establecido su campamento en Guanuma, con el propósito de avanzar hacia el Norte hasta vencer el ejército de los patriotas. Nunca pudo, empero, ganar una pulgada más de terreno: Guanuma fue la tumba de su prestigio.

BNPHU

El retorno de Duarte

Otra estampa, de alto valor simbólico y emotivo es la llegada de Duarte a los campos de la revolución.

Así lo notifica al gobierno restaurador en carta fechada el 28 de marzo de 1864, en el glorioso pueblo de Guayubín. A un excelso patricio, Ulises Francisco Espaillat, correspondió la honra, como Ministro de Relaciones Exteriores, encargado de la Vicepresidencia, de dar la bienvenida al apóstol de la revolución de independencia.

Duarte venía de Venezuela acompañado por su hermano Vicente Celestino, su tío Mariano Díez, el poeta Rodríguez Objío y otros compatriotas. Expulsado del territorio nacional en 1845, por decisión de Santana, no había regresado al país cuando, tres años después, quedó sin efecto el decreto que lo condenaba al ostracismo junto con la mayoría de sus compañeros de La Trinitaria, que con él fundaron la República. Internado a veces en algún rincón agreste de Venezuela, no daba señales de vida sino de tiempo en tiempo. No faltaban quienes lo dieran por muerto, pero un día se enteraron de que ese muerto había resucitado al saber que los dominicanos luchaban por librarse de la anexión y reconquistar su independencia. Voló entonces al suelo patrio para reclamar su puesto en el combate.

Contaba treinta y dos años cuando fue expatriado. Volvía, cumplidos ya los cincuenta, prematuramente envejecido. La garra del tiempo había poblado de arrugas su rostro antes sonrosado. Su cabello, un día color de trigo, se tornaba grisáseo. Mantenía, eso sí, la severidad de su continente; y la mirada penetrante de sus ojos claros traducía la misma firmeza de carácter de otro tiempo.

Duarte viene a que se le asigne un puesto como combatiente, y así lo dice apenas pone la planta en el suelo nativo.

Reclama con insistencia que se le ordene ir al lado del Presidente Salcedo, que anda siempre en campaña, por-

que espera así conseguir, sin más demora, la satisfacción de entrar en batalla apenas se le asigne el mando de una tropa, y con tales miras invoca más de una vez su título de general de la independencia.

Duarte, incomprendido, parte en misión oficial

Su actitud despierta suspicacias. Duarte era, para los que tenían aspiraciones políticas, un rival inconveniente, que podía desplazar, sacándolas de su órbita, muchas secretas ambiciones.

El gobierno provisional le pide que vaya en misión especial a Venezuela, a fin de conseguir auxilios para la causa nacional. Duarte, pesaroso ante la idea de tener que alejarse del campo de la lucha armada, contesta que prefiere quedarse en su tierra como combatiente, y explica que dadas sus relaciones en la patria de Bolívar, podrá orientar con sus informes al compatriota que se designe en su lugar, y darle además útiles cartas y modos de introducción que lo pongan en contacto con altas personalidades de aquel hermano país. Ignoraba que su presencia hubiera podido despertar injustificados recelos, pero los rumores propalados en su contra llegaron al campo español, y un periódico habanero, el *Diario de la Marina*, los dió a conocer al publicar una correspondencia enviada desde Santo Domngo. Duarte cambió entonces de actitud, y aceptó la misión diplomática que se le ofrecía, pues no estaba dispuesto a ser piedra de escándalo y manzana de discordia. Y partió. Desempeñó, en medio de circunstancias poco favorables, la misión que le estaba confiada, y lo hizo con gran celo; pero ya no volvió más a su patria, aunque pasados dos lustros el presidente Ignacio María González lo invitó oficialmente a regresar. Ya era demasiado tarde. Un año después, en 1876, moría Duarte, sin que ni su voluntad ni su salud le hubieran facilitado la posibilidad de acceder a ese deseo.

BNPHU

Norte, guía y estrella

Volvieron, sí, sus restos, años más tarde, en 1884 y el homenaje que se les rindió constituyó una verdadera apoteosis nacional.

Los dominicanos no debemos echar nunca en olvido el ejemplo de aquel inmaculado paladín de la libertad y apóstol del renunciamiento o desasimiento de toda ambición personal. Su personalidad, grande por el pensamiento y por el carácter, no menos que por sus acrisoladas virtudes, ilumina el firmamento de nuestra historia con fulgores inextinguibles. Se mantuvo en la expatriación y prefirió ser un olvidado, pero su nombre volvió a tener enaltecedoras resonancias cuando en medio del tumulto de la guerra vino a reclamar su derecho a defender con las armas la propia obra que un día se engendró en su mente esclarecida.

¿Hay quien ose dudar de su rectitud y de su buena fe? ¿Ha de ser siempre un incomprendido? Pues él no vacila en retornar al ostracismo, dejando a su paso la semilla de su ejemplo. Si hay diversas maneras de servir a la causa nacional, esa es, entre ellas, la más noble y la más pura, ya que ese ejemplo había de fructificar algún día. Por eso Duarte es y será siempre norte, guía y estrella de la conciencia dominicana.

Ultimos momentos de Mella

Otro Trinitario, que la gratitud nacional hermana a Duarte y a Sánchez para formar una trinidad inseparable, Matías Ramón Mella, murió a poco de hacer Duarte su aparición en el campamento revolucionario. Era un alto espíritu y un gran carácter. Era todo ímpetu y audacia. Cuando empezó a fraguarse la anexión, asumió tal actitud de inconformidad y desconfianza, que el gobierno de Santana decidió prenderlo y en definitiva expulsarlo del territorio nacional. Después hizo su aparición en los campos de batalla, y puso en juego su alta capacidad como hombre de armas, de igual manera que había demostrado dotes de diplomático y estadista cuan-

do la República lo envió a Madrid para gestionar el reconocimiento de la nación dominicana.

Tomó honrosa participación en la campaña restauradora por un alarde de voluntad que lo hacía sobrestimar la resistencia de su organismo. Durante un tiempo atendió, alternando con otros patriotas, la cartera de la Guerra en el gobierno provisional. Al fin, un quebranto circunstancial hizo presa de ese organismo que ya tenía agotadas sus reservas y en pocos días lo llevó a la tumba.

Momentos antes de morir, al enterarse de nuevas victorias de las armas revolucionarias, su rostro se animó con una sonrisa de esperanza, y murmuró: "¡Aún hay patria!". Fueron sus últimas palabras.

El rugido del león

Hay todavía otra estampa que pudiéramos llamar "el rugido del león". Al hacerse cargo del mando en 1864 el general La Gándara, en representación del gobierno de España, la primera conversación que sostiene con Santana resulta borrascosa, porque Santana, reducido a la condición de subalterno, se resiste a cumplir las órdenes emanadas del propio La Gándara, y sus reacciones pueden considerarse como violentas e irrespetuosas. De boca en boca circula una frase suya, cuando el Jefe del Estado Mayor le daba a conocer el parte relativo a la derrota que sufrieron los patriotas en Yamasá: "Quite Ud. eso de que los dominicanos huyeron vergonzosamente, porque nunca lo hacen así, y por lo tanto eso es mentira". ¿Se operaba en él una reacción contra sus pasados errores, porque en el fondo seguía sintiéndose dominicano? Tal parece, aunque ya era tarde, sin duda, y su situación moral no podía ser otra que la que inspiró a José Joaquín Pérez su patético monólogo *Guacanagarí en las ruinas de Marién*, que no cabe duda envolvía una alusión a Santana:

¿De qué me sirve mi vivir precario
y qué alcancé de mi ambición tan necia?

Me aborrece el inicuo victimario . . .
La víctima infelice me desprecia . . .

Santana mantuvo su actitud altiva contra las disposiciones dictadas por el capitán general, a quien hizo notar que los dominicanos adictos a España resultaban preteridos, a pesar de su idoneidad, frente a los oficiales españoles, favorecidos siempre a la hora del premio y del ascenso. Dura fue la respuesta de La Gándara, que creyó oportuno recordar al Marqués de las Carreras los deberes que impone la disciplina pues de no cumplirlos tendría que entregarlo a la acción de los tribunales. La respuesta de Santana, desde el Seibo, fue un rugido: "Al general Santana no se le amenaza, se le juzga". Y cuando, como remate de tan agrias desavenencias, se ordena a Santana que entregue el mando de la división que se le había confiado y se traslade a la ciudad de Santo Domingo a recibir órdenes, no trata de rehuir el cumplimiento del mandato recibido, y después de una entrevista tempestuosa con el general Villar, que como segundo cabo, en ausencia del capitán general, ejercía el mando superior, se retiró descorazonado a su casa. Falleció a los pocos días, acaso por decisión propia, como fundadamente sostienen algunos historiadores. Otros se inclinan a aceptar la tesis oficial de que murió a causa de unas fiebres, pues no debe olvidarse que la salud de Santana era precaria desde hacía tiempo, y el desgaste de su organismo era grande. Parece, de todos modos, más digna de crédito la versión que atribuye su muerte al suicidio. Un hombre del carácter indómito de Santana no podía avenirse a soportar nuevas humillaciones, encima de las que ya había sufrido.

Triunfo final de las armas dominicanas

Ya para entonces, iniciadas gestiones diplomáticas para poner fin a la guerra, y devolver a los dominicanos el pleno disfrute de la soberanía nacional, la situación era insostenible para las tropas españolas. Dijérase que detrás de cada árbol o debajo de cada piedra brotaba fue-

BNPHU

go mortífero. El Norte hacía tiempo que estaba dominado por los patriotas, y al núcleo central, afincado en Santiago, se sumaban figuras heroicas de otras localidades incluyendo a Manuel María Castillo y Olegario Tenares en San Francisco de Macorís. Igual ocurría con el Sur, que aparte de la figura prestigiosa de José María Cabral, contó con jefes decididos y eficaces como Pedro Florentino, Aniceto Martínez y Angel Liberata Félix, sin que por ello olvidemos al primero que se pronunció en esa región: Francisco Moreno. Y ya el Este, que al principio parecía irreductible baluarte santanista, se había convertido en reducto peligroso y hostil. Las escaramuzas eran diarias, lo mismo en Hato Mayor que en Los Llanos o en San Pedro de Macorís y guerrilleros audaces como Pedro Guillermo mantenían en jaque a las fuerzas españolas. En la capital y sus alrededores se vivía en sobresalto, pues los revolucionarios, fuertes en Guerra, llegaban en sus incursiones, no sólo a San Cristóbal o Manoguayabo, sino también a Jaina y aún a San Jerónimo. Es decisiva la actividad de todo el Sur en el final de la lucha.

La batalla de La Canela, el 4 de diciembre de 1864 fue desastrosa para las tropas españolas, que perdieron además de un rico convoy, no menos de la mitad de sus hombres; ya se podía afirmar que la guerra estaba ganada por los dominicanos. Después de esta importante acción de guerra, ya no hubo sino encuentros menores, cada vez menos frecuentes. Había llegado la hora de negociar en firme.

El gobierno español, convencido de que la anexión no había sido ni voluntaria ni espontánea, se inclinó a rectificar ese error político, y no tardó en presentar a las Cortes un proyecto de abandono del territorio dominicano.

Las tropas dominicanas siguieron extendiendo su predominio por todas partes, y la última estampa que se graba en la mente es una estampa de victoria. Aprobada la ley de abandono, se embarcaron las tropas españolas

y el once de julio de 1865 los dominicanos quedaron reintegrados en el disfrute de su plena soberanía.

¡Ya habíamos rescatado nuestra condición de nación libre y soberana! Un siglo ha transcurrido desde entonces, y durante ese tiempo, a pesar de múltiples errores, inevitables en el proceso de maduración de las democracias, hemos demostrado al mundo que somos capaces de cooperar dignamente en la obra de la civilización y también de ocupar un puesto honroso en la comunidad jurídica de las naciones.

La fe en nuestro destino

Para ello era preciso que tuviéramos fe en nuestro propio destino y en nuestra capacidad como nación soberana. Los hombres de poca fe, y los había de alto prestigio en el amanecer de la República, eran los que querían el protectorado de Francia, o el de España, o el de los Estados Unidos de América, o el de Inglaterra, y por su poca fe trajeron en definitiva la anexión a España. Se abrazaban a la teoría de que las naciones pequeñas no podían subsistir y prosperar sino bajo la tutela de las más grandes y poderosas, ni podían alcanzar mayor bienestar que el de colonias disfrazadas. Hoy, cuando la política de inspiración colonialista está en bancarrota, podemos apreciar mejor la falacia de esa doctrina y rendir justiciero homenaje a la amplia visión política de los Trinitarios, que Duarte sintetizó más de una vez en admirables párrafos, en oposición a toda tutela de un poder extraño. La independencia pura y simple, sin cortapisas ni protectorados, tal y no otro era el supremo ideal que perseguían.

Pero, preguntarán acaso los que todavía se niegan a condenar la política colonialista ¿no existe una interdependencia a la que aún las naciones mayores rinden pleitesía? ¿No proclamaba Jellinek la tesis de la autolimitación del Estado como hecho evidente cada vez que dos o más naciones se conciertan en un tratado para contraer obligaciones recíprocas, y con ello queda establecida esa

interdependencia que favorece la mejor coexistencia de los pueblos?

Ni vasallos ni protegidos

Sí, cabría contestarles, pero esa interdependencia y esa autolimitación no son admisibles sino cuando se asientan sobre una base de igualdad. Podemos ser asociados, aliados acaso, de cualquier potencia, grande o pequeña, pero lo que no podemos aceptar es convertirnos en una nación vasalla o protegida.

Nuestra actitud internacional

Nuestros esfuerzos en la vida internacional no han sido ni insignificantes ni inútiles. La República Dominicana,—digámoslo con entera satisfacción,— ha mantenido a lo largo de su historia el concepto de la igualdad de las soberanías, pues a pesar de las agitaciones, turbulencias y cambios que hacen inquietante el estudio de nuestro pasado, nuestra actitud internacional no estuvo sometida a variaciones caprichosas, sino que, al contrario, se significó por una inalterable "unidad en el esfuerzo sucesivo", como he señalado en más de una ocasión.

La igualdad de las soberanías

La igualdad de las soberanías es uno de los postulados que en todo tiempo ha propugnado el Derecho Internacional Americano, a cuyo estudio y divulgación consagró las potencias de su espíritu mi ilustre amigo Alejandro Alvarez, pues, no cabe negarlo ya, existe un conjunto de principios, mejor diremos un cuerpo de doctrinas que la América libre patrocinó y se anticipó a poner en práctica y constituyen la aportación del Nuevo Mundo a la evolución del Derecho Internacional.

Otros postulados del derecho Internacional Americano

Para mí el aspecto característico del Derecho Internacional Americano estriba en el sostenido propósito de aplicar en la vida de las naciones los principios que el

liberalismo del siglo XIX sostuvo como esenciales en la sociedad de los hombres.

El principio de que "todos los hombres son iguales ante la ley" se transforma, al aplicarlo a las naciones, en este otro: "todas las naciones soberanas son iguales ante el derecho". No se hace, pues, distingo alguno entre las naciones grandes y las pequeñas; y sin embargo ese distingo tiene un valor sustantivo para muchos estadistas, principalmente europeos, y por esa causa, a la hora de estructurar la Carta de las Naciones Unidas se quiso mantenerlo de algún modo y así se llegó a la fórmula de dar a las grandes potencias un puesto permanente y el derecho del veto en el Consejo de Seguridad.

Otro principio, el que obliga a los hombres a acudir ante los tribunales a reclamar sus derechos y no pretender aplicar la justicia por su propia mano, es el que ha inspirado la creación de la Corte Permanente de Arbitraje y de la Corte Internacional de Justicia a fin de que las naciones sigan esa vía y no otra para ventilar sus diferendos.

Paralelamente, el Derecho Internacional Americano respaldó en la doctrina Drago una fórmula práctica para evitar el abuso de los fuertes, al declarar ilícito el cobro compulsivo de las deudas de los Estados por medio de la fuerza. También ha repudiado, declarándolas ilícitas, las adquisiciones territoriales obtenidas por la imposición y la violencia.

Un ejemplo: Luperón y el arbitraje

Debemos recordar con orgullo que la República Dominicana ha sostenido en alto esos principios y otros semejantes, entre ellos el del arbitraje. Y para citar un solo ejemplo, por estar éste ligado al recuerdo de uno de los próceres de nuestra Restauración, haré mención de que el primer tratado de arbitraje entre dos naciones de América fue el que suscribieron Gregorio Luperón, por la República Dominicana, y José María Torres Caicedo, por la República de El Salvador. La iniciativa fue

de Luperón, que conquistó a Torres Caicedo para dar de ese modo un saludable ejemplo a las demás naciones, principalmente a las hermanas repúblicas de América.

La República Dominicana ha cooperado en la medida de sus fuerzas a la difusión de las más nobles doctrinas que son blasón de la especie humana. Al cabo, no hemos hecho otra cosa que cumplir con nuestro deber en la vida internacional.

Imperiosos deberes con la civilización

Huelga decir que en igual medida debemos cumplirlo en la vida nacional. Las naciones no se edifican para ser pasto de la tiranía o de la anarquía. Todo pueblo, al constituirse como nación, contrae obligaciones imprescriptibles ante la humanidad, ante la historia y, en suma, ante la civilización. Civilización es cultura, es progreso intelectual y es también organización de vida que asegure el bienestar del hombre y elimine la miseria extrema. Civilización es justicia, dicho sea sin adjetivos que en cierto modo limitan su significado, porque la justicia debe ser única e inmanente. Civilización es libertad; y hay que tenerlo bien presente: la libertad es el bien más preciado de que puede disfrutar el hombre: sin libertad no puede haber cultura, digna de tal nombre, ni bienestar material, ni sosiego moral, ni justicia inmanente.

Desde que fundamos la República en 1844 hemos perseverado en asegurar y más de una vez reconquistar nuestra independencia política: para merecerla, dando la espalda a los residuos de las tendencias colonialistas, estamos en el deber de asegurarla en todos los órdenes, en primer lugar el de la independencia económica, que nunca hemos tenido plenamente.

El camino de la democracia

Perseveremos en el camino de la democracia, bajo cuya advocación se fundó y se ha mantenido nuestra República. Y en esta conmemoración centenaria de la Restauración nacional, al evocar reverentemente a los pró-

ceres que nos dieron patria, no olvidemos que la patria que ellos crearon podrá no ser grande por su extensión territorial, pero sí puede serlo por su dignidad moral.

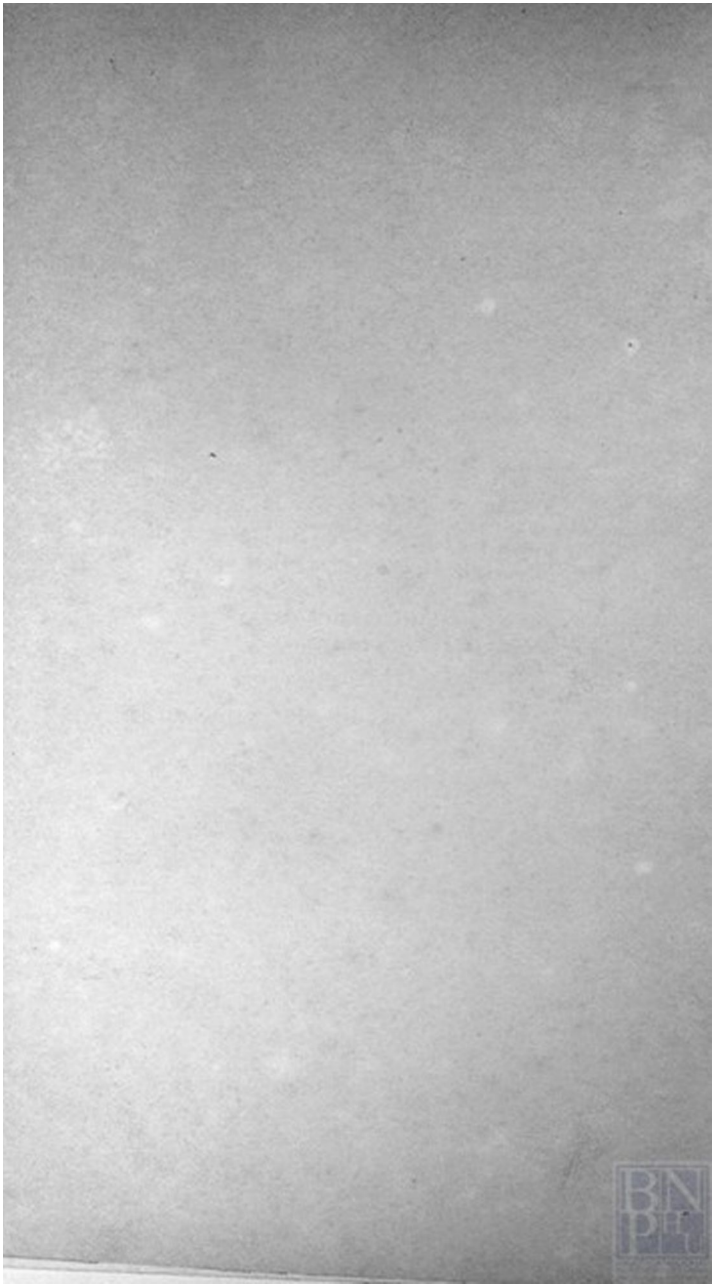
El camino que conduce a la verdadera democracia es arduo y difícil, pero hay que recorrerlo sin vacilaciones, sin abdicar de los principios en que la democracia se funda, y sin reacciones violentas que estorben el pleno ejercicio de las libertades humanas.

La voz alentadora y profética de la poetisa nacional

Podemos ir hacia el porvenir llenos de fe en nuestra nacionalidad. Es hora de que todos los dominicanos de buena voluntad unan sus esfuerzos en la obra del engrandecimiento nacional; es hora de luchar, pero de luchar unidos, animados todos por un mismo ideal de patria, inflamados en sacro fuego, como si del fondo del pasado, del fondo de los tiempos, llegara hasta nosotros la voz alentadora y profética de la poetisa nacional cuando predicaba a sus compatriotas, y especialmente a la juventud, la necesidad de la fe y el entusiasmo para la realización de altos y nobles destinos:

¡Atleta infatigable!
Del bien y el mal en la contienda ruda
te alzarás invencible, formidable,
si el entusiasmo, si la fe te escuda.

¡Que atraviese tu voz el aire vago
las almas convocando a la victoria!
¡Tuya es la lucha del presente aciago,
tuya será del porvenir la gloria!

ESTE FOLLETO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1963, EN LA EDITORA MONTALVO, CALLE JOSE REYES No. 44 EN SANTO DOMINGO, R. D.

BNPHU